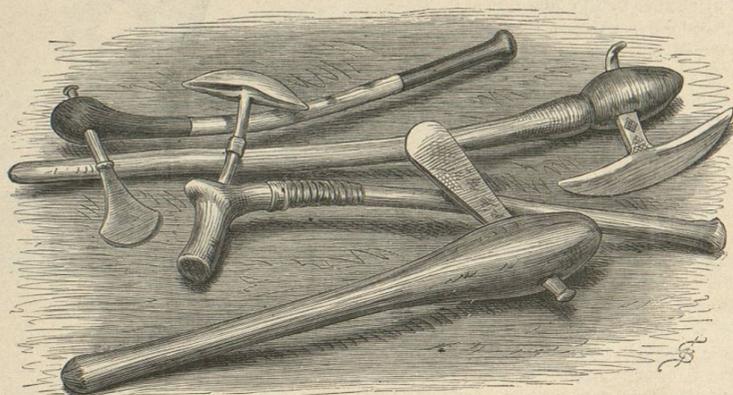


práctico que todos dan á las mismas constituyen otros tantos rasgos genuinamente patriarcales. La abundancia de hijos en las familias, especialmente en las ricas, facilita que por todos lados se establezcan relaciones familiares. Según Livingstone, «estas gentes dan gran importancia al parentesco con familias numerosas.» «Cuando se encuentra alguna horda de ellos y el jefe no oye en seguida que sus acompañantes le anuncian su parentesco con el tío de un caudillo cualquiera, distínguese perfectamente cómo les dice en voz baja: «Decidle quién soy.» Esto trae consigo, por regla general, la relación de las ramas de un árbol genealógico, que se hace contando con los dedos y que termina con la importante noticia de que el jefe de aquel grupo es primo de algún caudillo conocido.» Esta estima en que se tienen los lazos de parentesco hace que tengan entre esos pueblos hondas raíces todas cuantas ideas y costumbres



Hachas de combate de los bamangwatos (Museo etnográfico, Munich)

mano con hermana, de tío con sobrina y de tía con sobriño. Algunas tribus consideran también incestuoso, según dice Casalis, el matrimonio entre los padres y los tíos. Fuera del matrimonio, impera en muchas tribus el desenfreno; así es que después de los trabajos hechos en común por los habitantes de dos aldeas, después de las fiestas y en la consagración de las muchachas, tienen lugar uniones sexuales que son escarnio del matrimonio. El rapto de muchachas para el uso del caudillo y de la corte es cosa frecuente y redundante en honor de las robadas. El adulterio y la violación son delitos que se castigan severamente, pero tan sólo porque se les considera como atentados contra la propiedad.

El betschuanos que ve clavado en una cabaña un manojo de cañas sabe que en ella se espera la aparición de un nuevo compañero de tribu y evita molestar para nada á la mujer que allí habita y que no quiere que nadie la estorbe en aquel importante momento. La mujer, antes de parir, se va á casa de sus padres y permanece en ella hasta que se ha purificado. Cada caña clavada tiene un sentido profundamente simbólico relacionado con la idea que los betschuanos se forman acerca de lo que llega á ser el hombre. La primera «salida afuera,» como podríamos llamarla, tiene también un gran significado simbólico: en efecto, la madre no se presenta con el recién nacido delante de sus vecinos hasta que el niño, llevado fuera de la choza en una clara noche de luna, dirige á ésta sus ojos. Antes de volver á la cabaña de su marido es purificada con un sacrificio que

con ellos se enlazan. En esto estriba precisamente la dificultad del problema de la poligamia. Algún café afecto á los cristianos pudo haber exclamado con Setcheli, el amigo de Livingstone: «¡Oh, cuánto deseaba que llegaras á este país antes de que yo me viera envuelto en las mallas de sus costumbres!» Pero ¡cuántos lazos había de romper la separación de una sola mujer sobrante del hogar! Así hubo de experimentarlo el citado caudillo, que por su talento y por su carácter constituía una gran excepción en su pueblo, cuando se atrevió á hacer lo que nadie podía siquiera imaginar: en efecto, todos los parientes de las mujeres repudiadas se convirtieron de amigos en enemigos y la disciplina de su tribu se relajó hasta producir insurrecciones.

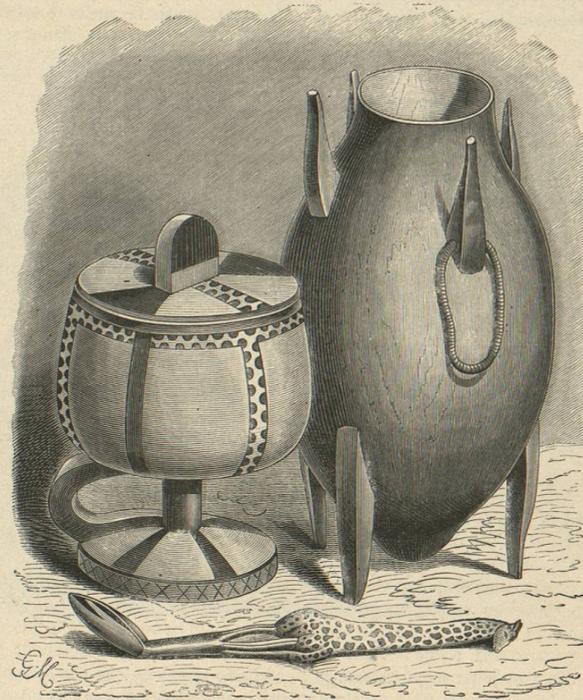
Los betschuanos, como otros muchos cafres del Sud, reconocen que el parentesco inmediato es un impedimento para el matrimonio, y por esto condenan el enlace de her-

hacen sus padres: la mujer se lleva la carne del animal sacrificado á su casa, y con la piel del mismo se confecciona el *tari*, ó sea la piel que sujeta al chiquillo á las espaldas de la madre. Este sistema de llevar los chiquillos á la espalda tiene para el niño la ventaja de estar siempre junto á su protectora natural y junto á su no menos natural fuente de alimentación, y de que «en su cuna viviente» disfruta siempre de igual calor. Fuera de esto, la manera de criar á los niños es muy poco racional, pues se les afeita la cabeza dejándola como una bola de billar, se les unta con grasa y con ocre y de esta suerte se les deja expuestos durante horas seguidas á los rayos del sol tropical. Desde la más temprana edad se les cuelgan alrededor del cuello tantos y tan pesados amuletos como pueden conseguirse. La madre que amamanta á su hijo vive con las mismas pocas precauciones de antes y no deja de beber grandes cantidades de cerveza. Esto hace que, aun careciendo de estadísticas, hayan creído Casalis y otros buenos observadores que la mortalidad de los niños es todavía mayor en estos pueblos que en Europa.

Como nosotros, gustan los betschuanos de poner al recién nacido el nombre del abuelo, ó de la abuela ó de algún pariente tenido en alta estima, pero también encontramos entre ellos nombres que reconocen un origen distinto, como por ejemplo los que recuerdan las circunstancias en que el niño ha venido al mundo. Los nombres como *Mona-heng* (en el campo) ó *Ntutu* (paquete) indican que el hijo ha nacido durante un viaje, y otros como *Tlokosti* (desgra-

cia) y *Likeleli* (lágrimas) indican nacimientos en épocas calamitosas. Estos nombres que se dan á los niños son cambiados, cuando llega el momento de la circuncisión, por otros que los mismos interesados eligen, y aun más adelante los sucesos trascendentales pueden dar lugar á otros cambios de nombre: así por ejemplo, uno de los principales caudillos basutos se llamó primero *Lepoko* (lucha) porque había nacido en un período de contiendas civiles; luego se llamó *Tlapute* (negocio) por su mucha actividad, y por último, cuando llegó al apogeo de su poderío, se le dió el nombre de *Moschesch* (afeitador) por haber afeitado á todos sus amigos. Los niños van desnudos hasta la edad de

siete ú ocho años, mientras que las niñas llevan, desde muy pequeñas, un delantal adornado con perlas de cristales. Los primeros, ya antes de la citada edad, van á apacentar las cabras y las ovejas de sus padres, al paso que las segundas acompañan á sus madres al campo para recoger los ramujos y las malas hierbas secas que sirven para el fuego, ó se quedan en las cabañas para cuidar de sus hermanitos más pequeños. Las muchachas se ven esclavizadas mucho antes que los chicos, pues éstos pasan la mayor parte de su juventud en el campo completamente libres, guardando el ganado, holgazaneando, entregándose á sus juegos, fabricando bueyes de barro, tejiendo coronas de flores



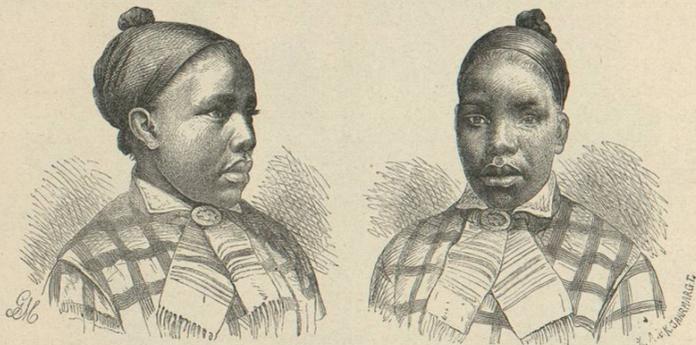
Vasijas de madera y cucharas de los betschuanos (Museo etnográfico, Berlín)

ó haciendo otras cosas por el estilo, con la particularidad de que siempre reconocen como una especie de caudillo al más fuerte de entre ellos, que decide sus contiendas y que los guía. Entre los juegos tranquilos de las niñas encontró Casalis el de saltar la cuerda y el de adivinar las piedras que hay en la mano cerrada: si la que ha de adivinarlas se equivoca, dice la otra con aire triunfante: «Tú comes perro y yo buey,» y en el caso contrario. «Yo como perro y tú buey.» El juego de los dados y la carrera son los juegos predilectos. Los padres cariñosos regalan á sus hijos corcos ó antílopes que éstos domesticar, y para los cuales construyen cercados, etc. Una de las cosas que también recuerda á nuestros niños es la afición que tienen aquéllos á los cuentos y acertijos, siendo más apreciados los que más miedo dan. En los días de lluvia y durante las noches, todos los chiquillos de las oscuras cabañas se reúnen alrededor de la narradora, que generalmente es la abuela. Los cuentos de fantasmas inspiran tanto miedo á los niños, que algunos no quieren mirar la Vía láctea porque temen ver en ella una reunión monstruosa de seres fantásticos.

La gran diferencia que existe entre este período de juventud y el de la nuestra, estriba en la poca duración de la misma: no puede en efecto ser más corta, pues apenas cuenta el chico catorce años, su padre ya le busca novia y algunos meses después el niño se ha convertido en hombre casado, antes de lo cual, sin embargo, se practica una solemne ceremonia, mediante la cual sale el varón del período de la niñez. En efecto, apenas el niño es hombre se le somete á la circuncisión: ésta no se practica anualmente ni en época predeterminada, sino cuando se llega á juntar un cierto número de jóvenes adolescentes, y especialmente cuando entre ellos llega á haber el hijo de algún caudillo. Todos estos niños son conducidos ante el caudillo que les hace entrar en una cabaña especial á este objeto construída en un sitio aislado, en donde han de vigilar todos un rebaño de vacas, cuya leche constituye su alimento. Pasado algún tiempo, preséntase el caudillo acompañado de un hombre que es el que ha de practicar la circuncisión. A las mujeres les está severamente prohibido acercarse á aquel sitio. El circuncidador, que no tiene carácter sacerdotal,

practica la operación con una azagaya. En algunas tribus se corta toda la piel del prepucio, en otras sólo una parte. Inmediatamente después de terminada la operación, la azagaya es puesta en agua, si es posible en un río, en donde ha de permanecer hasta que todos los circuncidados están curados. Hecha la circuncisión, las heridas son fomentadas con algunas hierbas medicinales y ligadas, debiendo cada circuncidado pintarse diariamente el cuerpo de blanco con tierra arcillosa. Sobre el suelo de la cabaña, en que duermen sin esteras, se derrama alguna ceniza: cada mañana se presenta en ella el hombre que ha practicado la circuncisión acompañado de un emisario del caudillo para ligar las heridas y convencerse de que la limpieza del cuerpo y de las heridas no han sido descuidados, castigándose con la pena de palos cualquier descuido que en tales casos se ob-

serve. Completada la curación, los jóvenes llevan á la cabaña todos los vestidos, utensilios y escudillas que hasta entonces han usado y les prenden fuego, hecho lo cual se bañan y así purificados son conducidos delante del caudillo. Recibidos de nuevo por sus padres, éstos les proporcionan vestidos nuevos y les obsequian con una comida de mijo y leche cocida, durante la cual muéstranse excesivamente sobrios: después reciben las armas y un anciano les declara que ya figuran en el número de los hombres, jurando luego obediencia y apoyo al caudillo y ejecutando delante de él algunos ejercicios militares. La fiesta termina con una danza general. A partir de aquel día, estos jóvenes llevan el pene metido en una pequeña funda de cuero, cubierta de cordones de perlas ó de otros adornos. Cuando todavía no han sido circuncidados se denominan *quinqueh*,



Muchachas basutas (de una fotografía que posee el director de las Misiones Sr. Dr. Wangemann, en Berlín)

después reciben el nombre de *inkowala* ó *indoda*: antes no pueden comer con sus padres porque están en estado de impureza; después les es permitido. En cambio, desde entonces en vez de dormir en la cabaña de su padre, duermen en la de un pariente varón de su familia, soltero ó viudo.

Así como en los hombres la circuncisión es un período divisorio de la vida, en la mujer lo es la primera aparición de la menstruación: al presentarse ésta, ha de ir á una cabaña especial que no puede abandonar mientras está en ese estado. Algunas jóvenes le hacen compañía, pero ninguna puede beber, durante aquel tiempo, un puchero de leche: mátase un buey para ellas y se les hace pasar el tiempo cantando y bailando. Por último, la muchacha se lava, se pinta el cuerpo con tierra encarnada, recibe regalos de sus compañeras, y después de haber esparcido por el suelo de la cabaña tierra roja, abandona esta mansión. A cierta distancia están las mujeres y las muchachas núbiles, una de las cuales sale á su encuentro, la toma de la mano y echa con ella á correr tan de prisa como puede por entre el grupo, que la recibe con grandes muestras de júbilo. Después que ha enjuagado un poco de leche, se celebra un banquete en común, siendo desde aquel momento considerada como núbil y perteneciendo á la agrupación de las mujeres. Todas estas disfrutan durante la fiesta de libertad omnimoda y sacuden por algunos días con desenfadado desahogo el yugo de su sujeción.

A la idea de que la muerte no es más que un efecto no natural debido á hechizos y otras causas, viene á unirse, como es de suponer, en los betschuanos la creencia en una resurrección que se desprende también claramente de su sistema de enterramientos. En efecto, toman el cadáver antes de que se enfríe y se ponga rígido y lo atan con cuer-

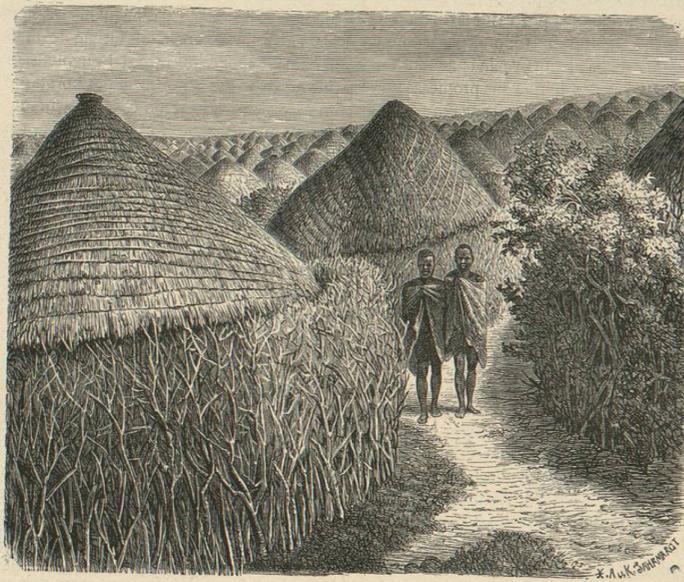
das en posición sentada con la cabeza sobre las rodillas, y después de coserlo envuelto en pieles ó paños, lo echan en una tumba y si es de un hombre, entierran con él su maza, su lanza, su escudilla, su cuchara, cereales y pepitas de calabaza. En cambio si el cadáver es de un extranjero, lo abandonan á las fieras, y en cuanto á sus compatriotas que mueren en el campo de batalla ó devorados por las fieras ó á consecuencia de algún accidente desgraciado, los dejan en el sitio mismo en que han sucumbido. Para expresar la tristeza producida por una muerte, se valen de agudos gritos, siendo siempre los primeros y los más penetrantes los de las matronas de la vecindad que acuden en seguida y que en medio de prolongados «¡Joh! ¡Joh! ¡Joh!» ensalzan las virtudes del difunto y lamentan el abandono en que queda su familia. La mujer del difunto, conforme á su situación de subordinada, es la que debe manifestar mayor tristeza. Cuando falleció Makutu, tío de Letschulabete, su joven esposa enterró con él todos sus adornos y se afligió de tal manera que se presentó ante Chapman, que antes siempre la había visto abigarradamente adornada, como la más pobre de las bosquimanas, pues no sólo se había despojado de todos sus adornos sino que se notaba el más completo abandono en todo su cuerpo.

Con los entierros se relacionan una porción de costumbres extrañas que, en parte, vemos muy extendidas entre otras tribus cafres y que demuestran la misma tendencia que ya llevamos indicada; así por ejemplo para sacar un cadáver de su cabaña se practica un agujero especial en la pared de ésta. El hecho de que se proceda tan inmediatamente al entierro se explica por la incomodidad que representa la compañía de un cadáver en las pequeñas chozas betschuanas. A los caudillos se les entierra en el kral de

sus ganados y se hacen pasar los rebaños por el sitio en que descansan; sus mujeres y sus hijos tienen sus tumbas en los cercados de los corrales. También se suele echar algunos granos en el trozo que va desde la sepultura hasta la cabaña que habitó el difunto y esto se hace probablemente para apaciguar las malas intenciones que el muerto pudiera abrigar contra los sobrevivientes. Todo cuanto había formado parte de la propiedad mueble del difunto no ha sido simplemente arrojado, es purificado cuidadosamente. Los sobrevivientes reciben después las visitas de sus parientes que se aproximan, lamentándose á gritos, para luego permanecer callados y tristes horas enteras al lado de aquéllos. En estas visitas de pésame no faltan las frases generalizadas por todo el mundo, tales como «este es el camino que toman

todas las cosas» «hoy para mí, mañana para tí» «nada tenéis que echaros en cara.» Como signos del luto de los parientes encontramos el raparse el cabello, llevar en el cuello collares de hierro en vez de cobre ó de perlas de cristal, y para las viudas y los huérfanos atarse una cuerda á la cabeza. Estas costumbres demuestran que los betschuanos tienen una idea de una supervivencia después de la muerte. Y así es en efecto: los betschuanos rezan á las almas ó espíritus de sus antepasados, á los cuales se imaginan viviendo en el interior de la tierra, y como consecuencia de esto vemos á algunas tribus, como la de los borolongs, que tienen cierta veneración hacia los locos, por considerarles privados de alma.

Durante mucho tiempo han discutido los misioneros y los etnógrafos sobre si los betschuanos tienen alguna idea



Una calle en la ciudad betschuana de Kurumán (según G. Fritsch)

de un ser supremo: la principal razón que contra ello puede aducirse es la de que en su idioma no hay una palabra especial para expresar la idea Dios, pero en cambio es positivo que conocen á un «Morimo» que habita en el cielo y á quien puede considerarse como á su Dios á pesar de que no siempre lo tratan con gran respeto. Chapman pasó, una vez, por entre un grupo de mujeres bamangwatas que estaban recogiendo la cosecha de un campo de maíz, cuando estalló una tempestad: entonces pudo ver cómo todas ellas con las azadas en alto y mirando al cielo llamaban á Morimo y gesticulaban, llenas de ira, porque éste venía á interrumpir sus trabajos. Los betschuanos cristianos para quienes estos gestos son terribles, sostienen que Dios ha castigado con el rayo á muchos de estos pecadores, lo cual parece indicar que consideran á Morimo como señor ó espíritu del cielo. La palabra más afín de Morimo es «barimo» que significa «espíritu del que ha muerto».

Es imposible comprender sus muchas costumbres supersticiosas (véase pag. 153) sin admitir en ellos una creencia en cierto poder supremo. Los salvajes pecan mucho de falta de lógica, pero no tanto que pidan rezando todas las cosas á una nada y que hagan á ésta sus sacrificios. Dada la naturaleza del país que habitan, es decir dada la sequedad del mismo, es indispensable que se solicite la interven-

ción de altos poderes, y de ellos se deduce como consecuencia directa que el «hacedor de la lluvia» tenga una influencia algunas veces mayor que la del mismo caudillo, por más que generalmente aquél reconozca á éste como á su superior, es decir como al sacerdote supremo de la casta. Esto es debido en gran parte á que los hacedores de lluvia son, por regla general, hombres de gran penetración y talento natural. Efectivamente, no es muchas veces inverosímil que, envalentonados por lo convencidos que están de su superioridad, consigan, con toda premeditación, que ante la idea de un hechizo se postre todo el pueblo. Además, con frecuencia son extranjeros los que se cuidan de hacer aparecer sus actos lo más grandes posibles. Cada tribu tiene un hacedor de lluvia y á menudo varios, que á la vez ejercen también la medicina, lo cual aumenta su influencia. Su poder es tal, que pueden cambiar radicalmente la más sagrada de las costumbres de estos pueblos, la de los enterramientos y ordenar, seguros de ser obedecidos, que el cadáver sea simplemente abandonado para que de él hagan pasto las fieras. Moffat refiere un caso en que los betschuanos de Kurumán, agobiados por una sequía de muchos años, mandaron á buscar á un famoso hacedor de lluvias que habitaba á 200 millas inglesas de distancia, es decir entre los bahurutses: sus mensajeros consiguieron á fuerza